

—Yo quisiera ser rey, contestó el español con altivez, al mismo tiempo que con amabilidad, para hospedar dignamente á tan apreciables huéspedes.

—Con tal de que no sea su despensa como su ropero, dijo en voz baja Soto á Bonpland.

—Pienso, amigo Humboldt, dijo Bonpland, que encontró muy en su lugar la observacion de Soto, que llevemos el chiquiro que acabamos de matar. Este nos dará un buen asado y no molestaremos mucho al Sr. D. Ignacio.

Pero el noble español hizo un ademan negativo, y dijo con dignidad:

—¿Qué pensais, mis señores? nosotros, la gente blanca, no estamos acostumbrados á comer caza de indios. Ayer maté un hermoso venado, y un asado de esta clase es mejor que chiquiro.

Las esperanzas de Bonpland y Soto subieron con esto considerablemente. Si el noble D. Ignacio podia convidar para un asado de venado, la cocina de la Sra. D^a Isabel no debia ser tan mala.

Los viajeros siguieron, pues, á su buen amigo á su hacienda, con el mejor humor del mundo.

—Se nos ha asegurado que sois un insigne cazador de fieras, dijo Humboldt á D. Ignacio.

—Algo hay de esto, contestó el hidalgo por nacimiento.

—¿Pero no teneis mas que arco y flechas? dijo Soto, ¿cazais con ellos?

—Por supuesto, contestó el noble español. Aquí no se conocen armas de fuego ni pólvora. D. Ignacio es filósofo; le gusta la sencillez, á pesar de ser *descendiente de la antigua nobleza española*, y por esto caza con arco y flecha.

—¡Por Dios que esto es grandioso! dijo Soto, de buen humor, sois un filósofo de hecho. ¿Tienen vuestra esposa y vuestra hija las mismas ideas?

—Ciertamente, dijo el otro.

—¿Y en el mismo grado que vos?

—¿Por qué no? El esposo es un rey en su casa, y lo que piensa es una ley inviolable.

—Entónces nos irá bien, dijo Soto á Bonpland en voz baja.

—Pero ¿dónde está la hacienda ó el ingenio? preguntó Humboldt, viendo que el camino que tomaba D. Ignacio conducia al bosque.

—¿Acaso está detrás de aquel platanar? preguntó Soto en son de burla.

—Pronto llegaremos, contestó el hidalgo.

En efecto, se descubrió el monte por un lado, y los amigos pudieron ver un corto plantío de caña.

—¿Y vuestra habitacion?

—Aquí está, dijo el español con orgullo, señalando un hermoso nogal.

—¿Este árbol? preguntó Soto, lleno de sorpresa.

—¡Oh! dijo con dignidad D. Ignacio. Aquí estaremos magníficamente, bajo techo: ved, aquí en estas ramas hemos colocado nuestras hamacas: creedme, aquí se duerme perfectamente. Vosotros, señores míos, podeis colocar las vuestras entre estos dos árboles, y pasarémos la noche como en el Escorial.

Humboldt y sus amigos ya no podían contener la risa; pero estando acostumbrados en sus viajes á pasar de este modo las noches, no les hacia mucha fuerza.

Por consiguiente, dejaban libre curso á su buen humor, cuando D. Ignacio, que se habia ausentado por un momento, volvió acompañado de su señora y su hija. *Ambas estaban desnudas como él;* (1) pero no parecia que se ruborizasen por esta costumbre, y cuando el noble español las presentó con la misma altivez que si estuviese en la corte, diciendo: «La Sra. D^a Isabel, mi esposa, y D^a Manuela, mi hija,» se inclinaban las dos con tanta entereza como dignidad.

Bonpland y el jóven Soto, se tomaron de las manos, las que se apretaban con tal fuerza, que casi les salia la sangre de los dedos, porque solo de este modo podían reprimir un fuerte ímpetu de risa.

Tambien Humboldt no pudo ménos de sonreír; pero esta sonrisa era tan benigna que no ofendia.

(1) Hecho positivo. Viajes etc., tomo 2^o pág. 118.

Por lo demás pasaron una tarde deliciosa. Una vieja esclava, medio coja, encendió una grande lumbre, y puso en ella un enorme pedazo de carne de venado.

El mulato aseguró, para los tres amigos y para sí, cuatro hamacas en las ramas de un grande árbol de tamarindo. El patron de la lancha y los remeros, se habian quedado en ella.

Don Ignacio contó que sus ascendientes se habian batido al lado del Cid, y ocupado despues altos empleos en la Corte; pero las señoras D^a Isabel y D^a Manuela, se hallaban sentadas junto á la lumbre, mirando con admiracion y coquetería á los huéspedes. Doña Isabel jugaba con su gato favorito, un enorme y feo animal.

Al fin llegó la hora de acostarse, lo que deseaban mucho los viajeros. La cosa era muy fácil: el dormitorio estaba abierto, era el bosque. Las camas eran las hamacas suspendidas del nogal y el tamarindo. Tampoco tenian el trabajo de desnudarse, y ménos el noble Sr. D. Ignacio y sus mas nobles señora é hija.

Humboldt, hasta que hubo de acostarse en su hamaca, respiró con libertad, porque el español lo habia fastidiado con una larga historia de una campaña que hizo en el rio Meta, mencionando con mucho énfasis la gran bravura con que se habia batido, como un segundo Cid Campeador, en una sangrienta batalla contra los indios Guahibos. Se vanagloriaba orgullosamente de los servicios que habia prestado á Dios y á su rey, *al quitar sus hijos á los indios, repartiéndolos en las misiones.*

Fuera de lo cómico del aspecto de esta familia rara, hizo una impresion muy penosa y triste en Humboldt el haber encontrado en este vasto desierto á un hombre que se decia de elevada alcurnia, y que sin embargo, habia conservado *en medio de la mayor miseria todas aquellas preocupaciones perversas, y toda la corrupcion de la civilizacion europea.*

—¡Los hombres son siempre los mismos en todas partes, discurrió para sí Humboldt, y se dirigió con un suspiro hácia la naturaleza de que estaba rodeado entónces con profunda calma, en el silencio nocturno.

—¡Cuán dulcemente se puede dormir aquí! se dijo á sí mismo; aquí, en este silencio infinito de los bosques vírgenes, donde no nos molesta, como en las grandes ciudades de Europa, el bullicio incesante de los hombres.

Pero todavía no comenzaba á dormir, cuando se oyó en el bosque un ruido verdaderamente infernal.

—¿Qué diablos será eso? preguntó Soto desde su hamaca.

—Es un terrible concierto, dijo Humboldt, que parece nos dan las bestias feroces.

—¡Ah! repuso Soto, riendo, será probablemente la orquesta de D. Ignacio; á lo ménos no carece de la ventaja de la originalidad.

—Pero estas deben ser centenares de bestias, exclamó Bonpland.

—Yo solo distingo, contestó Humboldt, los sonidos suaves del sapapú, los gemidos de los aluatos, el rugido del tigre y del leon, el grito del raton de almizcle, el del perezoso.....

—Y á este magnífico unísono, se agrega el silbido incesante y fastidioso de los monos, que huyen del rugido de los tigres. (1)

—Es lo mas horrible que he oido, dijo Humboldt, cuando yo esperaba dormir bien en el silencio del bosque, despues del cansancio y las fatigas.

—¡Am! exclamó entónces el mulato, desde su hamaca que estaba mas baja, esto ser así toda la noche.

—¡Muy agradable! dijo Soto, riendo. Las señoras de D. Ignacio no deben tener oidos muy delicados si pueden dormir con este ruido infernal.

El cansancio venció por fin á los viajeros, y comenzaron á dormir.

Peró parecia que un espíritu maligno se habia conjurado contra ellos, porque, apénas habian dormido unas cuantas horas, cuando se levantó una terrible tempestad: los árboles crujian, y sus copas se inclinaban casi hasta el suelo como cañas delgadas: los relámpagos se cruzaban en el horizonte, seguidos de fuertes truenos, y el agua caía á torrentes, de tal manera, que Humboldt, Bonpland y Soto, en unos pocos momentos se mojaron hasta la piel.

(1) Viajes etc., tomo 2º, pág. 221.

—¡Malo va esto! exclamó Bonpland, incómodo. Si este diablo de español nos hubiera dejado en nuestra lancha, nos hubiéramos podido precaver mejor.

—No hable vd. mal de D. Ignacio y su familia, dijo entónces Soto; nosotros somos los tontos, y él y sus señoras son los avisados.

—¿Por qué? preguntó Bonpland.

—¡Bien! contestó el otro. Nuestros vestidos están enteramente mojados, y de este contratiempo no tienen motivo de queja ni el señor ni las señoras.

Humboldt y Bonpland rieron, á pesar de su situacion molesta, cuando el mulato comenzó á gritar como un demente:

—¡Amo, amo! socorro. ¡Ay!.....

—¿Qué tienes? gritó Bonpland. ¿Estás loco?

—¡Socorro, socorro! volvió á gritar el mulato. Mulato estar perdido..... bestia feroz comer mulato.

Los tres viajeros se levantaron rápidamente, y se apresuraron, armados de cuchillo, á socorrer al pobre, porque las armas de fuego y la pólvora se habían mojado.

El mulato siguió gritando; pero los amigos, á causa de la oscuridad, no podían ver el animal con que aquel luchaba. También D. Ignacio y D^a Isabel, que despertaron con los gritos, habían ocurrido, y ya el español había tendido su arco para dispararlo, cuando un fuerte relámpago iluminó la escena.

En este momento resonó una inmensa carcajada de todos los circunstantes.

No era un tigre, como se suponía, el animal que estuviera luchando á muerte con el mulato, sino..... el gato favorito de D^a Isabel, que había pasado la noche en el árbol de tamarindo, como acostumbraba; pero como la tempestad había movido fuertemente el árbol, cayó y desgraciadamente en la hamaca del mulato, quien, despertando de un profundo sueño y arañado por el gato, creyó ser atacado por un tigre.

A pesar del insomnio, tempestad y mojada, puso este acontecimiento á todos de muy buen humor.

La tempestad había pasado, y una hermosa mañana seguía á aquella noche fatal y fecunda en acontecimientos.

Humboldt y sus amigos se apresuraron á despedirse de D. Ignacio y de las señoras, cuyos vestidos de gala eran los mismos del día anterior, es decir..... los guaraches. Sin embargo, la Sra. D^a Isabel con su gato favorito debajo del brazo, causaba una impresion *importante*, cuando al despedirse en union de su hija D^a Manuela, hacia con cierta gravedad una genuflexion, que habria hecho honor á una dama de la corte, aunque ella era la causa de la sangre que salía de los lábios de Soto, al mordérselos para reprimir la risa.

Por lo que respecta al Sr. D. Ignacio, acompañó á sus huéspedes hasta la orilla del Apure, porque conocia las leyes de la etiqueta, y al embarcarse Humboldt y

los suyos en la lancha, les dirigió las siguientes palabras:

—Señores míos; siempre podeis congratularos de no haber pasado la noche en la lancha, ó en la orilla del río, sino en *mi finca, entre gente blanca y de trato.* (1)

(1) Todo esto es un hecho positivo.

CAPITULO VIII.

Sobre el Orinoco.

Habian pasado seis dias, desde la salida de San Fernando, cuando la lancha de los viajeros llegó á la desembocadura del Apure en el Orinoco, aquel río caudaloso, cuya exploracion habia sido tanto tiempo el deseo de los viajeros.

Hasta donde alcanzaba la vista, se extendia ante ellos una inmensa superficie de agua, produciéndoles un estremecimiento de admiracion, porque la soledad y la grandeza son el signo característico del curso del Orinoco, uno de los ríos mas grandes del Nuevo Mundo, siendo su anchura de mas de mil quinientos piés en aquel